

Centroamérica ¿bárbara?: opiniones mexicanas y cubanas

Por Margarita ESPINOSA BLAS*
y Verónica GONZALEZ ARRIAGA**

Introducción

LA SITUACIÓN GEOPOLÍTICA DE CENTROAMÉRICA ha marcado definitivamente el curso de su historia. A fines del siglo XIX y principios del XX, ésta se encontraba en medio de una lucha entre Estados Unidos, Inglaterra y Francia, entre otros países, interesados en tomar el control de la zona. En lo interior la región se debatía en serios conflictos por la definición de su rumbo político; además, cobraba auge el deseo de constituirse como una unidad política, deseo que siempre se enfrentaba al denso problema de cómo compaginar diferencias territoriales, económicas y sociales y cómo adormecer las intenciones de liderazgo de los caudillos regionales. En este contexto, por sus características políticas, económicas y territoriales, Centroamérica fue objeto de variadas lecturas e interpretaciones. En América y Europa se tejieron distintas lecturas sobre la región centroamericana que se enmarcaron en la discusión decimonónica de lo moderno y no moderno. A partir de tal paradigma fue que se evaluaron las capacidades de los gobiernos y los países jerarquizándose en “modernos-civilizados”, “no modernos-bárbaros”. En México y Cuba —muy diferentes entre sí— se pensaba que Centroamérica era una región bárbara, por lo tanto atrasada, incapaz de alcanzar dicha modernidad-modernización. El trabajo rescata los principales juicios que se hicieron en periódicos cubanos y mexicanos de la época.

La modernidad como progreso a fines del siglo XIX

ESTE trabajo se sitúa en la última década del siglo XIX y la primera del XX, años que entran en la llamada era del imperio según Hobsbawm. En tal periodo se inscriben una serie de transformaciones que afectaron todos los campos de la realidad, cambios económicos, políticos, sociales,

* Investigadora independiente, autora del libro *La política exterior de México hacia Cuba, 1890-1902*. México, SRE, 2004, 186 págs. E-mail: <margaritaespinosablas@hotmail.com>

** Investigadora independiente, autora del libro *La política exterior de México hacia Centroamérica, 1890-1906*, Morelia, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 2000, 178 págs. E-mail: <verarriag7@hotmail.com>

científicos etc. En el terreno económico el aspecto de mayor relevancia fue un acelerado crecimiento y afianzamiento de la economía capitalista que permitió el enlace y la creación de un sistema de redes comerciales así como la explotación y el contacto de los territorios mundiales. Este aceleramiento se evidenció en el apogeo de mayores transacciones económicas, el perfeccionamiento de los medios de comunicación, un mayor movimiento del dinero y de los productos, así como un mayor contacto humano que daba la idea de un mundo entrelazado. Esta dinámica unió a los países productores y agentes del cambio económico con aquellos poseedores de la materia prima, claro, una unión desde sus orígenes desventajosa. Este proceso vivió su máxima fuerza entre 1875 y 1914.¹

Sin adentrarnos en las serias discusiones que genera la modernidad, podemos decir que este periodo se circunscribe a esta etapa histórica. Según los estudiosos, para estos años conviven en la modernidad el desarrollo económico —la tecnificación—, las transformaciones socio-políticas y un proyecto cultural —modernismo—, convivencia que no se vive de manera homogénea y que depende de las particularidades de cada país.² Fuera de estos matices queda claro que a fines del siglo XIX, la “vida moderna” cobra sentido y es la meta de los Estados-nación. En palabras de Marshall Berman, si

tratamos de identificar los ritmos y tonos distintivos de la modernidad del siglo XIX, lo primero que advertimos es el nuevo paisaje sumamente desarrollado, diferenciado y dinámico en el que tiene lugar la experiencia moderna. Es un paisaje de máquinas de vapor, fábricas automáticas, vías férreas, nuevas y vastas zonas industriales; de ciudades rebosantes que han crecido de la noche a la mañana, frecuentemente con consecuencias humanas pavorosas; de diarios, telegramas, telégrafos, teléfonos y otros medios de comunicación de masas que informan a una escala cada vez más amplia; de Estados nacionales y acumulaciones multinacionales de capital cada vez más fuertes [...] de un mercado mundial siempre en expansión que lo abarca todo.³

En América Latina la modernidad se entenderá ante todo como el proceso de modernización, dicho de otra manera, la inserción en los ritmos y las pautas dictados por las grandes potencias. La era imperial marcaba el ritmo de los países periféricos y de igual manera establecía los parámetros de calificación de la modernidad. Un país moderno debía tener instituciones

¹ Eric Hobsbawm, *La era del imperio, 1875-1914*, Buenos Aires, Crítica, 1998, p. 71

² Samuel Arriarán, *Filosofía de la posmodernidad crítica a la modernidad desde América Latina*, México, UNAM, 1997

³ Marshall Berman, *Todo lo sólido se desvanece en el aire: la experiencia de la modernidad*, México, Siglo XXI, 1988, p. 5

sólidas en el ámbito político y económico que permitieran el desarrollo e integración de la economía nacional a las supranacionales, es decir a la de las grandes potencias europeas y a Estados Unidos. Esto tendría su reflejo en un sistema de comunicaciones eficiente, un desarrollo industrial, un sistema bancario y una actividad de intercambio internacional capitalista. Por otro lado, esta situación material redituaria en una cuota de soberanía política, desarrollo de instituciones sociales y educativas, fomento a la democracia y una actividad cultural y social en los centros urbanos.⁴

Un breve recorrido por la realidad de América Latina nos da idea de cómo se estaba dando el proceso de modernización. En el sur, Argentina había acusado un importante auge que se tradujo en 5% de crecimiento anual y fue el resultado de los cambios en el comercio mundial, sin embargo, en el decenio de 1890 sufrió una crisis que se resolvió a finales de la década. Chile, el otro coloso del sur, gozaba de una estabilidad envidiable y única en el continente, con una interesante evolución en el sistema multipartidista. El botín de las regiones ganadas en la *Guerra de los Nitratos* fue de una enorme importancia para el impulso de la economía; sin embargo, las ambiciones políticas chilenas de hegemonía en la época no parecen rebasar el ámbito sudamericano. Por su parte, Brasil, el gran gigante, vio florecer la modernización y el desarrollo, pero su economía arrastró una serie de problemas sustanciales. Hasta antes de su caída en 1899, el imperio brasileño no persiguió en forma coherente ni enérgica ningún objetivo económico trascendente. Los problemas económicos de Brasil fueron graves y en 1905 el programa deflacionista implantado para resolver la situación de emergencia tuvo un impacto depresivo en la producción.⁵ Estos países, junto con México, representaban la modernización y eran objeto de las inversiones más importantes por parte de Inglaterra, Estados Unidos, Francia y Alemania, además de una dinámica política que puso como premisa el orden y la estabilidad.

La modernidad en Centroamérica, México y Cuba: comparaciones y juicios

MÉXICO parece ser un caso especial como segundo receptor de capitales, por debajo de Argentina, pero fue el único país en recibir flujos simultáneos

⁴ Por poner un ejemplo Hobsbawm cita dos instituciones culturales y sociales que tipificaban la zona de desarrollo por motivos diferentes, la universidad y el teatro de ópera, lo que nos da una idea de las exigencias mínimas del desarrollo moderno decimonónico. Véase Hobsbawm, *La era del imperio, 1875-1914* [n. 1], p. 32.

⁵ Para más información sobre el Cono Sur véase Leslie Bethell, ed., *Historia de América Latina*, núm. 10, Barcelona, Crítica, 2000.

de capital británico y estadounidense para el financiamiento del ferrocarril, símbolo de la inserción mexicana a la modernidad y a las economías mundiales.⁶ Y por otro lado, su actividad política vertida al exterior, comparada con el resto de Latinoamérica, no tuvo igual. De forma que el gobierno porfirista, a ojos externos, parecía la panacea necesaria para el surgimiento de los países latinos como potencias al mundo.

Por otra parte, los países de América Central nunca fueron baluartes de la modernización ni objeto de comparaciones favorables, con excepción quizá de Costa Rica donde se destacaron elementos de modernización y se aludió como un ejemplo para el resto de las naciones istmicas. De acuerdo con los parámetros y ritmos de la economía, la política y la idea de desarrollo y modernización, Centroamérica estaba lejos de ser considerada candidata a la modernidad.

En el aspecto político, Centroamérica se encontraba en una situación de suma inestabilidad por varios elementos que tenían que ver con su posición estratégica y su vida política interna. Su ubicación geográfica era uno de los elementos centrales de la lucha imperialista por el dominio marítimo y comercial. En su realidad interna, la lucha por la definición de su rumbo político como Estados-nación fluctuaba entre las posiciones de liberales y conservadores.⁷ Por otra parte, la pretensión de organizarse como una unidad política era una constante perseguida por gobiernos de intención hegemónica que tuvo como bandera a Guatemala, quizá por ser éste el país más grande y ser la antigua cuna de la Capitanía General durante la época colonial. Las tentativas integracionistas de Centroamérica como una sola entidad política se expresaron en el unionismo que siguió una trayectoria desde que los países centroamericanos surgieron a la vida independiente.

Para la segunda mitad del siglo XIX, las razones de la búsqueda de la unión en una sola entidad política respondieron a la defensa colectiva contra las agresiones externas, un pretexto legitimador de intervencionismo de un Estado en los asuntos de los otros y los sueños utópicos de grupos intelectuales, como el Partido Unionista Centroamericano.⁸ Sin embargo,

⁶ Entre 1880 y 1914 el capital británico se concentró principalmente en cinco países: Argentina, Brasil, México, Chile y Cuba. Francia invirtió principalmente en Argentina, Brasil, México y Haití, y Alemania en México, Argentina y Chile. Como observamos, los inversionistas europeos estaban concentrando su capital principalmente en estos países y de ellos, México estaba en la mira de todos los países inversores. Véase Carlos Marichal, coord., *Las inversiones extranjeras en América Latina, 1850-1930*, tomo 10, México, El Colegio de México/FCE, 1995.

⁷ Héctor Pérez Brignoli, *Breve Historia de Centroamérica*, México, Alianza, 1989, p. 105.

⁸ *Ibid*, p. 83. Los intentos del partido unionista han sido poco estudiados. En 1899, un grupo de estudiantes formó una sociedad llamada El Derecho, que pregona que Centroamérica

cada intento de unión chocaba contra elementos físicos, económicos y sociales que hacían cada vez más inviable la pretensión de ser una sola nación. La formación de una federación de Estados centroamericanos tuvo que lidiar con una desarticulación regional que develaba el desacuerdo entre los países del istmo y la dificultad de establecer una cabecera política que satisficiera los requerimientos de cada país por la evidente debilidad de la estructura política y económica, así como la continua intervención abierta o velada de Estados Unidos y de países europeos como Inglaterra, Francia y Alemania.

El panorama político, económico y social de la región reflejaba la situación de atraso con respecto a otras regiones y aún más, la colocaba en un *status* de zona conquistable o de enclave necesario para la consecución de metas imperialistas. Centroamérica no reunía los requisitos indispensables para poder tomar las riendas de su desarrollo y, por tanto, en un marco de pensamiento evolucionista y de liberalismo económico, las grandes naciones del mundo pensaban que estaban destinadas a sujetar a estos países bajo su cobijo con el fin de sacar todas las ventajas posibles.

En el caso de las lecturas sobre Centroamérica originadas en México, surgen de una estrecha historia signada la mayoría de las veces más por el conflicto que por la colaboración; y sobre todo se tejen alrededor de la turbulenta relación bilateral que se vive entre Guatemala y México durante el porfiriato. Las relaciones diplomáticas llegan a verdaderas fricciones y son harto comunes los altercados y “dimes y diretes” protagonizados por los diplomáticos mexicanos acreditados en la región. De igual manera, las contrapartes centroamericanas, principalmente guatemaltecas, siempre se quejaron de que México las ponía en un papel segundón. Si eso sucedía en el campo de la diplomacia, en el de la opinión pública el tema centroamericano estuvo a la orden del día. En general existió un consenso: la región estaba signada por el atraso, de forma que necesitaba tutela; pero además, una nación “desarrollada” y moderna como México podía acceder a los beneficios de tener por vecina a una zona vulnerable y retrasada y si no podía competir en poderío con los intereses norteamericanos y europeos al menos le correspondía ejercer cierta influencia política amparada en su mayor estabilidad.

era sólo una, separada por formas políticas. En 1904, se formó el Partido Unionista, que buscaba una unión con un gobierno centralizado. El mapa centroamericano debía rediseñarse de manera que desaparecieran los países y formaran pequeñas provincias. Su dirigente fue Salvador Mendieta, quien se dedicó por entero a la causa. Véase Thomas Kames, “El Partido Unionista Centroamericano”, en *Los fracasos de la Unión Centroamericana 1824-1960*, San José, Instituto Centroamericano de Administración Pública, 1982, pp. 217-223, Mónica Toussaint, *Guatemala: textos de la historia de Centroamérica y el Caribe*, México, Instituto Mora/Universidad de Guadalajara/Nueva Imagen, 1988, pp. 242-248.

A México lo cobijaba el hecho de cumplir una parte importante de las características exigidas por la modernidad y de hecho en esta época se proponía acceder al lugar de las naciones civilizadas en el mundo. Por su parte, Centroamérica vivía una situación diferente que la mantenía en un estado de vulnerabilidad respecto del mundo y de su vecino del norte. Si el país de Porfirio Díaz lograba consensar en el mundo una imagen de civilidad y progreso material por medio de una intensa y extensa red de promoción nacional, la región ístmica se encontraba en clara desventaja y sus recursos eran mínimos en este sentido.

Con base en los conceptos de modernidad imperantes en la época la región centroamericana aparecía a los ojos del mundo como una región con evidente atraso que contrastaba con el surgimiento de México a la “civilización”. En 1898, al llegar a Guatemala, el diplomático y novelista mexicano Federico Gamboa expresaba: “al despertar y convencerme de que me hallo en Guatemala, experimento lo mismo que experimenté en ella hace once años: considerarme, no obstante su vecindad geográfica con México, en un país muy remoto, muchísimo”.⁹ Esta idea de la lejanía de Guatemala y del resto de los Estados centroamericanos de México sólo respondía a las constantes comparaciones entre el avance económico mexicano y la supuesta anarquía política y rezago económico de Centroamérica. La estabilidad del gobierno de Díaz parecía ser la clave para que la región ístmica accediera a la modernidad, así se expresaban en la prensa constantemente ideas sobre la anexión de Centroamérica a México bajo el mando de Díaz y se agregaba que bajo este sólido bastión los Estados centroamericanos reconocerían las ventajas de un gobierno estable y así podrían acceder al progreso y la modernidad.¹⁰ Aun cuando nunca fue emitido oficialmente ningún plan o proyecto de anexión por parte del gobierno mexicano, la idea circuló libremente. ¿Por qué una idea de tal naturaleza, contraria a la soberanía nacional tan defendida en los círculos internacionales por México, era común en México y Estados Unidos? La idea del progreso motor de la modernidad de finales del XIX y principios del XX conllevaba una cierta misión con tintes redentores. La modernidad debía ser llevada hasta el último rincón del planeta por parte de las naciones civilizadas. De esta forma, se expresaba que

la llamada actitud amenazante de México nunca ha sido más que un proceder correctísimo en sus relaciones con Guatemala y no tan sólo correcta sino

⁹ Federico Gamboa. *Mi Diario*, tomo II (1897-1900), México, CONACULTA, 1995, p. 64

¹⁰ Archivo Histórico de la Secretaría de Relaciones Exteriores de México (AHSREM), *The Republican* (Denver, Colorado), 23 de septiembre de 1894, L-E-2207, f. 164

inspirada en sentimientos de benévola consideración y de tolerancia nunca correspondidos ni suficientemente apreciados [...] México no amenaza como quien dispone de una fuerza superior y no rinde culto al derecho, antes que apelar a la superioridad de su poder para el arreglo de cualquier dificultad con Guatemala, ha acudido y acudirá a la vía pacífica única empleada por él hasta ahora con ejemplar paciencia. Busca el triunfo del derecho y no el de las armas.¹¹

Esta opinión ilustra la forma de pensar de la opinión pública mexicana en relación con la manera cómo México siendo “más grande y fuerte” debía proceder con las repúblicas del sur, en que ponía de manifiesto su posición de potencia media carente de los medios bélicos de las grandes potencias pero con conciencia de su poder como negociadora, aun cuando en la práctica la capacidad de negociación no fuera la deseable.

Uno de los grandes temas en que México y Centroamérica se vieron enfrentados fue el de la unión de los países ístmicos en una sola entidad política. Es conocida la controversia en este asunto entre México y Guatemala, principalmente en una lucha abierta o velada por la hegemonía en la región. A la luz de las consideraciones sobre el progreso de los pueblos, México consideraba llevar la ventaja y creía su deber constituirse en guardián de la libre asociación sin la coacción de Guatemala o aun de Estados Unidos. En este sentido sí existía una posición oficial ya expresada en 1885 por el secretario de Relaciones Exteriores, Ignacio Mariscal, cuando expresó que “[México] verá siempre con placer la unificación política de Centroamérica, en todo o en parte, con tal que ella emane de la voluntad de los pueblos” sin embargo, agregó, “no podrá menos de reprobado cualquier apelación a la fuerza para el expresado fin”.¹² La prensa centroamericana pregonaba que detrás de esta posición mexicana estaban las ambiciones del gobierno sobre toda la región a lo que la contraparte mexicana replicaba:

No hay razón para decir que la unión sea una pesadilla para México, ¿qué males pueden sobrevenir a México con el engrandecimiento y esplendor y la prosperidad de estas repúblicas hermanas? Si México no aboga, no puede abogar, no debe abogar porque se lleve a cabo la unión [...] no por eso se puede deducir razonablemente que México no quiera que se realice la unión de esas repúblicas [...] No tenemos motivo alguno para no desear el engrandecimiento de nuestras hermanas repúblicas de Centroamérica, antes lo natural, lo

¹¹ *El Partido Liberal*, México, 16 de enero de 1895.

¹² Memoria que en cumplimiento del precepto constitucional presenta al duodécimo Congreso de la Unión el C. Ignacio Mariscal, secretario de Estado en el despacho de Relaciones Exteriores, México, tip. La Época, 1885, p. 114

lógico, lo conveniente para todos, es que no haya una sola nación en América que no sea una potencia.¹³

Estas declaraciones no siempre iban acompañadas de una incondicional solidaridad a los intereses de los centroamericanos, debe recordarse que la región era motivo de disputa entre las grandes potencias mundiales. Estados Unidos evidentemente extendía su mano y la opinión general en este país consideraba a Centroamérica como una región atrasada, conflictiva, irracional por no responder a los estándares de racionalidad positivista. México, autollamado hermano mayor dispuesto a conducir a los centroamericanos, no pudo conjurar el peligro norteamericano y ni siquiera pudo vencer sus propios peligros y contradicciones que finalmente estallaron con la revolución en 1910 y que pusieron en entredicho todo su sueño como potencia y como nación “moderna”.

Ahora bien, el caso de Cuba era diametralmente diferente al de México y Centroamérica. La discusión de lo moderno-civilizado vs no modemo-bárbaro, se experimentó en la Isla de manera *sui generis*. La discusión de lo moderno se circunscribía antes que todo en el terreno político. ¿Cómo definir como moderno a un pueblo que en 1901 seguía dependiendo de la Corona española? Sí, en lo político era así, pero, ¿cómo negar los adelantos técnicos que ubicaban a la Isla como moderna —Cuba tuvo ferrocarril antes que España— y cómo no llamar modernas a las corrientes de pensamiento y los movimientos intelectuales que se gestaron en el siglo XIX? La cuestión parecía zanjarse entre los grupos de intelectuales donde se daba una interpretación conveniente a la realidad cubana: si bien era verdad que la Isla continuaba en una condición colonial, también era cierto que en cuestión de adelantos científicos y culturales dejaba muy atrás a otros territorios ya independientes. Este argumento cobró bríos después de la independencia de la Isla en 1902.

El nacimiento de la nueva república originó muchos resquicios para el debate y el enfrentamiento del ala revolucionaria que no terminaba de ponerse de acuerdo en cuanto al injerencismo norteamericano. De todas formas, terminó por imperar la decisión de llevar una relación cordial con el país benefactor y darle el bastón de mando para que decidiera los destinos de la nación.

Desde el momento del traspaso de soberanía a manos norteamericanas hubo un empeño por justificar la extraña situación de la Isla. Desde la revista *Cuba y América*¹⁴ los intelectuales intentaban mostrarla como un

¹³ *El Nacional* (México), 14 de marzo de 1891

¹⁴ *Cuba y América* y *El Figaro* son las referencias que usamos en este texto. La revista *Cuba y América* fue fundada por Raimundo Cabrera, Enrique José Varona, Nicolás Heredia

caso aislado y diferente a la historia continental. Por ello, remarcaban las historias violentas y de atraso de los países hispanoamericanos y presentaban a Cuba como un caso atípico de modernidad:

Han vivido por tanto tiempo estos países, como encerrados en sus vastos territorios, por lo cual el comercio de ideas y de hábitos y costumbres y el trato de gentes de superior cultura y civilización a la de ellos les ha hecho suma falta para guiar sus pasos. En Cuba sucede todo lo contrario; su pueblo ha comerciado en ideas y en hábitos con este país y con Francia igualmente, y se ha rozado con gentes de mayor cultura y civilización desde hace mucho tiempo, y a éstas debe estar en el comercio intelectual y material de los Estados modernos mucho más íntimamente que los pueblos sur-americanos durante la época de sus continuas revueltas. Así es que el elemento ilustrado y directivo de Cuba ha aprendido a vivir en cierto modo a la americana y a la europea, con gran ventaja para el porvenir de la patria.¹⁵

En opinión de la revista, en los países latinoamericanos se vivía más en la barbarie que en la modernidad; sin embargo, reconocía en el México de Porfirio Díaz un gran ejemplo de progreso y buen gobierno. Son harto frecuentes los largos artículos loables para el dictador y el país comparándolos con el resto de América. En ello participa, dicho sea de paso, una activa diplomacia porfirista. Esta imagen positiva se mantuvo hasta los albores revolucionarios de 1910.

Como es obvio las valoraciones sobre los países devienen de una referencia externa, es decir, son los parámetros establecidos desde los países capitalistas como Inglaterra, Francia, Alemania y Estados Unidos que son los que definen las características para llamar a un pueblo moderno y civilizado. En ese sentido, en *Cuba y América* se reproducen al emitir juicios sobre sus hermanos continentales. De ahí que al tener noticia de una revolución en Argentina a inicios de 1905 deploren que esto suceda en un país considerado política y económicamente moderno.¹⁶ Pero no

y Manuel Sanguily en el año de 1897 en la ciudad de Nueva York. En 1899 el director regresa a Cuba y empieza una nueva etapa para la revista que circuló hasta 1913. Entre sus colaboradores destacaron Leopoldo Romanach, Alfredo Zayas, Rafael Montoro, Rafael María de Labra y Manuel Márquez Sterling, entre otros. *Cuba y América*, abril de 1907. *El Figaro* fue una revista de amplia circulación en La Habana. Su público fue la clase acomodada de la Isla. Fue dirigida por Manuel S. Pichardo y circuló entre 1897 y 1928. Por otra parte, Palomino en sus reseñas hace una relación de los periódicos cubanos. "El Nuevo País de raíz del antiguo partido autonomista, *El Comercio* órgano de los detallistas, *La Discusión* representa las aspiraciones del pueblo cubano y *La Lucha* es un diario republicano de la oposición", Arturo Palomino a Gilberto Crespo y Martínez, La Habana, 9 de junio de 1904, AHSREM, exp 15-12-46, s/f.

¹⁵ *Cuba y América*, 5 de octubre de 1899

¹⁶ *Ibid.*, 12 de febrero de 1905.

dudaban en denostar con los mismos argumentos los sucesos guatemaltecos de mediados de 1906, país regido por la dictadura de Manuel Estrada Cabrera desde 1898.

La revolución empieza a asolar a Guatemala. ¿Por qué se lucha?, ¿acaso por derrocar a un régimen opresor?, ¿por un elevado ideal de libertad? Si así fuera habría que admitir que el sistema democrático era allí una farsa; pero lo más probable es que la lucha iniciada no obedezca a tan nobles propósitos, sino a simples ambiciones de los que aspiran a derribar un poder para erigirse ellos en gobernantes. A esto al menos han obedecido hasta ahora la mayor parte de las revoluciones de Centroamérica. De ello se deduce una muy triste consecuencia: la de que aquellos pueblos no han aprendido todavía a regirse democráticamente, no obstante los años que llevan de constituidos en repúblicas. La culpa, más que en el pueblo, está en las clases dirigentes que, dominadas por la ambición del poder, desatienden los altos intereses de la nación, y en vez de instruir y educar a las masas, prefieren armarlas para lanzarlas a las luchas fratricidas.¹⁷

Un dato interesante es que en la revista se reconoce el estado de aislamiento y desconocimiento que reina entre Cuba y el resto de América Latina. Por ello se elogiaba la tarea de Juan Rius Rivera de ir a estrechar los lazos con Centroamérica como principio para afianzar las relaciones.¹⁸

En ese binomio civilizado/bárbaro Centroamérica fue vista como un conjunto de pueblos ingobernables y, por tanto, necesitados de tutelaje. De ahí que en la publicación se aplauda la constante y agresiva intervención de Estados Unidos y México tomándola como el paso necesario para civilizar la región. Ese fue el juicio tras los eventos de pacificación de 1906 patrocinados por el gobierno de Porfirio Díaz y de la Casa Blanca:

En bien de la América, y de la humanidad en general, hay motivos para felicitarse del feliz resultado de la amistosa intervención de México y los Estados Unidos. Las guerras en su mayor parte, obedecen a móviles poco elevados; pero inicu, más que ninguna, hubiera sido la que se inició en Centro América, pues hubiera ocasionado innumerables víctimas y lesionado respetables intereses sin tener siquiera la excusa de obedecer a fatalidades de orden político o económico.¹⁹

Más adelante, insistía la revista sobre la poca capacidad de gobierno en la región equiparándola a un menor de edad mal educado:

Debemos felicitarnos de la intervención de los Estados Unidos y de México en el conflicto que ha ensangrentado a Centro América. Cuando dos chiquillos

¹⁷ *Ibid* , 16 de junio de 1906

¹⁸ *Ibid* , 7 de julio de 1906

¹⁹ *Ibid.*, 28 de julio de 1906.

malcriados empiezan por darse de puñadas, desoyendo las advertencias de los mayores, es un deber de éstos intervenir para terminar la disputa. Las repúblicas de Centro América, como naciones, han probado ser menores de edad, incapaces de tener el suficiente conocimiento para responder plenamente de sus actos.²⁰

No obstante el espíritu moderno que reinaba en la revista, la realidad les mostraba la contradicción. En 1906, Cuba no podía presentarse como una nación moderna debido a las constantes pugnas políticas que desencadenarían otra intervención norteamericana. Aún así Cuba no era bárbara, las revueltas eran casos aislados

Tenemos la convicción de que en tierra cubana acabaron para siempre los intentos revolucionarios. No cree que el pueblo apoye las insurrecciones [...] Además, y esto es muy importante, en Cuba no caben las revoluciones al estilo centroamericano, porque ni habían de tolerarlas los Estados Unidos, ni había de consentirlas el pueblo de Cuba [...] Deploramos que por los actuales conocimientos, se inicie en Cuba la era de las intentonas por parte de los descontentos, de las persecuciones por parte de las autoridades, equiparando a esta República a algunas de Centro América.²¹

A veces la región era vista como una entidad compacta donde poco importaban las demarcaciones políticas porque al fin de cuentas los países de la zona eran iguales de bárbaros. Pero, cuando se trataba de machacar el punto hacían las diferencias. Por ejemplo en 1911 al referirse a Nicaragua, tras el derrocamiento del presidente liberal José Santos Zelaya los colaboradores de la revista fueron incisivos:

Imposible hallar sobre nuestro planeta otro lugar de igual extensión en el cual la sangre humana haya sido tan derrochada en guerras civiles o en disolutas y destructoras empresas. Beneficiada pro natura con maravillosos recursos, en algunos años de paz e industria, se lograría que el país prosperase de un modo incomparable; mas, la afición a la ruina política imposibilita el logro de tal propósito. Rarísimo es el año que transcurre sin que una revolución estalle, y en los sesenta y siete que lleva de vida independiente la República, ha tenido más gobernantes que durante los tres siglos que estuvo bajo la dominación española.²²

En suma podemos decir que la posición de esta prensa cubana no refleja más que el estado de ambigüedad e incertidumbre que mantiene la

²⁰ *Ibid.*, 4 de mayo de 1906

²¹ *Ibid.*, 18 y 25 de agosto de 1906.

²² *Ibid.*, 2 de abril de 1911.

intelectualidad insular, pues no terminan de aceptar la onerosa condición política que mantienen y tratan por todos los medios de justificarla. De tal manera que lejos de hacer un análisis serio con miras a propuestas políticas, intentan curarse en salud, criticando a los otros países. Este ejemplo discursivo también nos muestra el estado de alejamiento que se vive entre la Hispanoamérica continental y la Perla de las Antillas.

Conclusiones

Como palabras finales podemos hacer dos comentarios. Primero: las interpretaciones sobre la realidad centroamericana surgen en un marco de pensamiento regido por la idea del progreso donde los logros en los proyectos modernizadores son los parámetros para calificar una nación de moderna y civilizada. En ese orden impera un *logos* occidentalizante que define las cualidades y características de lo moderno, quien no cumple con dicha lógica automáticamente queda excluido y marginado de la dinámica histórica. En palabras de Hegel los que no califiquen serán los pueblos sin historia, los irracionales, sin conciencia histórica.

Segundo: las opiniones que circularon en México y Cuba obedecieron a circunstancias diametralmente diferentes. En el México porfirista, engolosinado por las luces del progreso, fue común hacer comparaciones pues era un objetivo primordial señalar la distancia que separaba al país del resto de los países de la región; pero además, entre México y la zona centroamericana sí hubo históricamente un estrecho y constante vínculo producto de la vecindad geográfica. En ese sentido en la opinión pública era asunto conocido la problemática centroamericana y los constantes choques diplomáticos con nuestro país. Pero aún así, no hubo un interés real por estrechar los lazos históricos y culturales y en general se enfatizó más la diferencia que la unidad y siempre se vio la región como una zona de choque y de influencia mexicana. La Revolución Mexicana vino a demostrar que había más afinidades que diferencias.

Por otro lado, en el caso de Cuba la región no tenía vínculos de ningún tipo y las imágenes de los países centroamericanos que circulaban en la Isla eran recicladas de otros medios: prensa norteamericana, informes de viajeros, prensa mexicana etc. En las lecturas que recalcan la condición bárbara de Centroamérica hay un empeño moralizante por hacer ver a los cubanos que la situación cubana es diferente y que no hay comparación ni política, ni social. Pero además, el llamado es para que no se recurra a las **armas** ni a las sublevaciones, tan recurrentes en la historia postindependiente de la Isla.